

momento sobre su trono usurpado. Como era natural y debía esperarse, el legítimo heredero de los Borbones de Nápoles hacía cuantos esfuerzos podía para volver á entrar en uso de su patrimonio. Murat podía, pues, en Nápoles, como Marmont en París, apreciar lo que se gana desertando de su causa natural, sea cualquiera la razón que se tenga para abandonarla, por más que defendiéndola se hayan recibido desengaños en pago de beneficios. Los pesares son el principio de los remordimientos, y Murat estaba ya vivamente apesadumbrado por haber abandonado la verdadera causa abandonando la de Napoleón. Su hermana política, la princesa Paulina, de acuerdo con la reina, se esmeraba en hacerle sentir lo que sentía por su parte demasiado y se encaminó á Porto-Ferrajo con el fin de reconciliar á los dos cuñados.

Sin embargo, Murat no quería dar á las potencias reunidas en Viena un pretexto en que se fundasen para destronarle, mostrándose infiel á sus compromisos, y al mismo tiempo que enviaba palabras de arrepentimiento á la isla de Elba, se guardaba de dar cualquier paso que pudiera comprometerle, y empleaba siempre para con las potencias el lenguaje de un miembro de la coalición, muy satisfecho por haber contribuido á vencer al tirano de Europa.

Pero entretanto recibía á los oficiales piamonteses ó lombardos que buscaban un asilo cerca de él, recibía igualmente á los oficiales franceses que le ofrecían sus servicios, por más que Luis XVIII los hubiera llamado á Francia con una real orden, y pagaba muy bien á los unos y á los otros, porque su hacienda se hallaba en un estado satisfactorio. Se esmeraba en reformar su ejército, compuesto ya de ochenta mil hombres, y se ocupaba de él con gran solicitud, porque era el título más sólido que podía presentar al congreso de Viena. Hasta en el mismo Nápoles contaba con la nobleza y en la clase media con algunos partidarios que temían, con la vuelta de Fernando IV, una reacción contraria á sus deseos. Con todo, si tenía en su favor á las clases ilustradas, á las que acariciaba, no le sucedía lo mismo con los lazzaroni, demasiado sensibles al recuerdo de sus antiguos amos, por más que muchas veces le hubiesen aplaudido á causa de su simpático rostro que les mostraba frecuentemente paseándose á caballo por las calles de Nápoles. No era completamente impopular, pero tampoco era lo que había sido durante algunos meses, es decir, el héroe de la Italia. Este héroe se hallaba en otra parte; estaba en la isla de Elba. Después de haber querido desembarazarse de los derechos reunidos y de las quintas, los italianos no habían tardado en volver sus ojos á Napoleón, y veían en él al representante ideal de su causa vencido y encadenado á una roca como Prometeo.

Excepto en Toscana, no había desde los Alpes al estrecho de Mesina más que un solo deseo, el de que el soberano de la isla de Elba abandonase su destierro, se pusiese á la cabeza del ejército napolitano y marchase contra Milán. No era probable que obrase de este modo, porque Napoleón no saldría de su isla para intentar con los italianos lo que no había podido conseguir con los franceses, trabar una lucha desesperada contra la Europa victoriosa, y porque al mismo tiempo se cuidaba muy poco de la unidad de la Italia; pero no por eso dejará de ser cierto que si él se hubiese

presentado, todos los hombres á quienes irritaba el régimen militar de los austriacos, la mogigata tiranía del rey de Prusia y la dominación del Sacro Colegio, se hubieran levantado á su voz y hubieran hecho una de esas tentativas que los italianos han renovado tantas veces, sin conseguir el triunfo de sus deseos.

Así es que la Italia, después de haber deseado é invocado, como todos los países de Europa, lo que se llamaba la común libertad, se quedó muy poco satisfecha; pero todavía había una nación más disgustada que las demás, una nación justamente indignada al ver pagados con desengaños sus esfuerzos; tal era la España. Había derramado torrentes de sangre y sostenido una heroica lucha para rescatar á sus reyes, y en premio de esta sangre vertida, de esta lucha heroica, no había alcanzado más que una tiranía estúpida y sanguinaria!

Fernando VII que, como hemos visto, fué trasladado á la frontera de España por orden de Napoleón y devuelto á las tropas españolas, entró en Gerona el 24 de marzo. Desde Gerona, se dirigió hacia Zaragoza, y encontró á los enviados de la regencia y de las cortes, que le exigían, antes de volverle la autoridad real, que prestase su juramento á la Constitución de Cádiz, lo mismo, poco más ó menos, que había hecho el senado con Luis XVIII. Figúrense nuestros lectores á los Borbones de París no teniendo que dominar al ejército imperial de Fontainebleau, en medio de una opinión pública muy ilustrada, y buscando apoyo únicamente en el ejército vandeano, en vez de buscarle en los ejércitos extranjeros dirigidos por el emperador Alejandro; figúrense este cuadro nuestros lectores y comprenderán la conducta que el rey Fernando VII siguió en España. Este príncipe se negó desde luego á tener explicaciones con los enviados de la regencia y de las cortes, y se dirigió desde Zaragoza á Valencia, recibiendo á su paso los homenajes de las poblaciones, entusiasmadas de volverle á ver y de recobrar la paz.

En Valencia fué acogido con transportes de alegría. Los mismos ejércitos acudieron á prestarle juramento de fidelidad, y este movimiento, provocado por su presencia, continuó aumentándose hasta tal punto, que no tardó en creerse bastante fuerte para poderse explicar claramente con las autoridades de Madrid. Los hombres ilustrados comprendían que no podía aceptar sin modificación la Constitución de Cádiz, aún más defectuosa que nuestra Constitución de 1791; pero el personaje más distinguido entonces de la España, el vencedor de Bailén, el general Castaños, y el señor de Cevallos, el más notable de los ministros, le aconsejaron que entrase en negociaciones, que se limitase á modificar la Constitución y que no se pusiese en pugna con los hombres que habían defendido su trono á costa de su sangre. Sin embargo, no los escuchó, porque estaba más irritado contra los que pretendían limitar su autoridad real, después de haberle salvado, que contra los que habían tratado de arrebatarla para siempre, encerrándole en Valencey, y no quiso emplear para nada los medios de la conciliación. Desgraciadamente, los jefes que dirigían las cortes, tan poco sensatos como él, no se hallaban mucho más dispuestos á transigir, y fué imposible desde entonces el mutuo acuerdo que hubiera podido dar por resultado el establecimiento en España de instituciones razonables. Habiéndole suplicado el arzobispo de

Toledo, diputado de la regencia, que emitiese su opinión acerca de la Constitución, concluyó por declarar que no la aceptaría de ningún modo, ordenó al arzobispo que volviese á Madrid, destruyó todos los decretos de las cortes, se revistió de toda su autoridad é hizo avanzar sobre la capital á algunos cuerpos del ejército.

El pueblo y las tropas, al ver en él al rey por quien habían combatido durante tanto tiempo, no comprendiendo nada ó casi nada de la discusión teórica que separaba al rey y á las cortes, y mirando al mismo tiempo con asombro que le negasen la soberanía, después de haberla conservado á costa de inmensos sacrificios, le dieron ánimo para obrar á su antojo, con entusiasta sumisión, y el monarca entró en Madrid como un rey absoluto, es decir, con plena facultad de cometer todos los excesos que podían perderle. Apenas instalado en su palacio, alejó de sí ó mandó aprisionar á los hombres que habían luchado con mayor energía para salvar su corona; relegó á su diócesis al arzobispo de Toledo, jefe de la regencia, que había sostenido con todas sus fuerzas la real prerrogativa; restableció la inquisición con todas sus consecuencias, y añadió á lo ridículo de una restauración imposible lo odioso de la más negra y más cruel ingratitud.

A pesar de esto quedaban todavía en España hombres en quienes habían causado una viva impresión las doctrinas liberales de las cortes, y que sin participar de ellas por completo, encontraban absurda la reacción que se operaba, hallándose por lo tanto prontos á oponerse á ella. Estos hombres existían en Cataluña más que en ninguna otra parte. Algunos miembros de las cortes se habían unido á ellos, y comenzó á organizarse en aquella provincia un movimiento de resistencia. Al ver al hijo de Carlos IV portarse de aquel modo, pensaban en reponer sobre el trono al viejo rey, en el que á falta de talento, no dejaban de reconocer la bondad de su carácter. Las complicaciones se aumentaban visiblemente, y Fernando VII, que achacaba el movimiento de los ánimos á las intrigas del príncipe de la Paz, retirado en Roma al lado de Carlos IV, pidió á la Santa Sede que separase de su padre á su antiguo ministro y que lo desterrase á Pésaro. Carlos IV, siempre fiel á su favorito, experimentó una violenta cólera al saber este deseo y manifestó su intención de abandonar á Roma, bien para dirigirse á Barcelona ó bien para acudir á Viena á pedir á la España, á la Europa, que le restituyesen su trono y que le vengasen de un hijo desnaturalizado. Para calmarle, lo que costó mucho trabajo, y para contenerle, fué necesario que el Santo Padre emplease su autoridad sagrada.

Tal es el espectáculo que por entonces ofrecía la España, y al contemplarle no podíamos menos nosotros de dar gracias al senado por habernos dotado con una constitución razonable; á los soberanos extranjeros, por haberla apoyado, y á Luis XVIII, por haber tenido la prudencia de aceptarla, librándonos así de la indigna reacción que recompensaba la lealtad, la abnegación de los españoles. Desgraciadamente, sin imitar la odiosa conducta de Fernando VII, los Borbones que reinaban en nuestro país debían cometer á su vez las faltas suficientes para abrir á Napoleón la carrera de sus grandes aventuras, á la Francia la de sus grandes desdichas!

Para completar el cuadro que hemos trazado de la

España bastará la simple exposición de sus relaciones con el gabinete de las Tuilerías. Como sabemos, en julio se firmó el tratado de paz, para el que tantas facilidades dieron los Pirineos, y una y otra nación se limitaron á devolverse sus prisioneros; pero secretamente prometió la Francia á la España alcanzar en Viena una doble restitución, la de Parma á la reina de Etruria y la del trono de Nápoles á Fernando IV, que se hallaba reducido desde hacía ocho años á reinar solamente en Sicilia. En cuanto á esto, fácil es comprender que no eran necesarios grandes esfuerzos para decidir á la corte de Francia á apoyar estas reclamaciones, porque ella misma las hubiera hecho por su propia cuenta, si ya no la hubiesen suplicado su auxilio; pero en aquellos mismos momentos, la España se comprometía secretamente con la Inglaterra á no renovar con los Borbones el pacto de familia, y rompía bruscamente sus relaciones diplomáticas con nosotros por el motivo más extraño que puede darse. El jefe de las guerrillas, Mina, cuyos ataques nos habían hecho sufrir tanto como dado motivos á Fernando VII para alegrarse, figuraba en el número de las personas á quienes perseguía el monarca restaurado, por oponerse á su autoridad absoluta. Este célebre general se había refugiado en Bayona, y el cónsul de España, de acuerdo con la autoridad francesa, que tuvo la debilidad de consentir en ello, se apoderó de él dentro de nuestro territorio. Luis XVIII y el duque de Berry, indignados por el ultraje que se había hecho á la corona de Francia, pidieron que se pusiese en libertad á Mina, que se destituyese al agente francés cómplice de este acto ilegal, y que se exigiese una reparación á la corte de España. Negándose á darla Fernando VII, y pidiéndola para sí, se interrumpieron las relaciones diplomáticas entre los dos países. Así es que Fernando VII, puesto en pugna con los españoles, que habían salvado su corona, obró del mismo modo con los Borbones de Francia, sus únicos parientes, sus únicos aliados en el mundo, y sacrificó el pacto de familia á la Inglaterra, sin asegurarse antes su apoyo, porque la Gran Bretaña censuraba altamente la atroz reacción de que era tan autor como instrumento.

Ya hemos visto cuál era la situación de la Europa libertada por Napoleón, pero expuesta á una especie de contrarrevolución universal; y todavía no eran estos todos los males que la amenazaban. Después de quince años de sufrimientos ocasionados por la ambición exorbitante de Napoleón, parecía que la caída de este conquistador insaciable debía servir de lección y enseñar á todo el mundo á moderar sus pretensiones. Sin embargo, esta experiencia no se aprovechaba, y las potencias victoriosas parecían, por el exceso de su avidez, más deseosas de justificar á Napoleón que de hacer bendecir su ruina. Triste, muy triste era el espectáculo que todas presentaban en Viena, donde se habían dado cita y acudido el 1.º de agosto.

Los soberanos aliados, excepto el emperador Francisco, poco amigo de ruido, habían ido al salir de París á visitar al príncipe regente de Inglaterra y recibir en Londres una ovación como las que el pueblo inglés sabe preparar cuando sus pasiones se encienden y se hallan satisfechos sus intereses. Desde hacía algunos meses, se habían hecho grandes aclamaciones en Roma, en Madrid, en Viena, en Berlín; pero nada había igualado á

las mutuas felicitaciones que se habían dirigido unos á otros en Londres, al presentarse en la capital el emperador de Rusia y el rey de Prusia. La acogida que se les había dispensado era un delirio más que otra cosa. No queriendo turbar estas fiestas magníficas con discusiones de intereses, que hubieran podido alterar la universal alegría, se prometieron todos permanecer unidos, hacerse recíprocamente los sacrificios necesarios para sostener su armonía, y mantener á toda costa la alianza de Chaumont, por medio de la cual se habían desembarazado del tirano de Europa.

La Francia, aunque devuelta á los Borbones, no estaba suficientemente resignada, según decían; Napoleón, relegado en la isla de Elba, no se hallaba bastante olvidado para que no pudiesen surgir acontecimientos imprevistos, de los cuales no podía triunfarse sino por el sostenimiento de la unión común. Sin comprender los futuros arreglos europeos, se juraron de nuevo una eterna amistad y prometieron volverse á encontrar en Viena participando de los mismos sentimientos.

Cumpliendo el artículo 32 del tratado de París, que fijaba para dos meses después la época de la reunión del congreso, hubieran debido comenzar las sesiones el 1.º de agosto, pero siendo muy escaso este tiempo para todo lo que tenían que hacer, se aplazó al mes de septiembre la convenida reunión.

Después de las fiestas de Londres, el rey de Prusia, á pesar de su modestia, se encaminó á su corte á recibir las felicitaciones de sus súbditos. El emperador Alejandro, por su parte, se dirigió á Varsovia para entusiasmar á los polacos en favor de una reorganización de la Polonia que meditaba; y los dos monarcas no pudieron llegar á Viena hasta el 25 de septiembre. Hicieron en esta capital una entrada magnífica, digna de su alegría y de sus triunfos. Prestándose el emperador Francisco á estas representaciones en favor de sus aliados más que en su favor propio, salió al encuentro de los monarcas, los abrazó en presencia de su pueblo y entró después con ellos en su capital, en medio del entusiasmo de los habitantes. Sucesivamente se vio llegar á los reyes de Baviera, de Wurtemberg, de Dinamarca y después de ellos á todos los príncipes alemanes, italianos y holandeses, que tenían algún interés que defender en las futuras negociaciones. Las princesas abundaban en Viena tanto como los príncipes, y entre ellas se veía figurar á la gran duquesa Catalina, hermana de Alejandro y viuda del duque de Oldenburgo, princesa de gran talento, activa y de mucha influencia. A estas testas coronadas se habían unido los generales y diplomáticos de la coalición, impacientes de felicitarse por sus triunfos militares ó políticos, unos llegados allí para recoger elogios y disfrutar de la ovación común, los otros para tomar asiento en el congreso como representantes de sus gobiernos, todos ávidos de recompensas, de fiestas, de placeres, de noticias, y formando el conjunto más deslumbrador y tumultuoso que hasta entonces se había visto. Allí no faltaban más que el infortunado rey de Sajonia, prisionero en Berlín por haber sido sorprendido el último en la alianza de la Francia, y María Luisa, relegada en el palacio de Schoenbrunn, desde donde escuchaba con una especie de envidia el rumor de las fiestas, ocupada, no en pensar en reunirse á su esposo en la isla de Elba, sino en disputar en las dos casas de

Borbón su ducado de Parma, y dirigida en el cuidado de sus intereses por Mr. de Neiperg, que habían dejado á su lado para acompañarla, oficial distinguido, que á un tiempo se mezclaba en los asuntos militares y diplomáticos, y que la daba cuenta de todo lo que podía serle ventajoso en el profundo aislamiento á que estaba condenada, convirtiéndose para ella en un abogado, en un consejero, en un amigo.

Después de algunos días consagrados á toda clase de diversiones, debía suceder á la frivolidad de los festejos la seriedad de los asuntos, y por lo mismo ninguno procuraba apresurar el momento del cambio. Diciéndose siempre los unos á los otros que necesitaban permanecer acordes, no se daban explicaciones sobre nada, á no ser sobre los puntos ya arreglados en el tratado de París. Acerca de estos últimos, se había convenido por escrito que la Inglaterra obtendría la Bélgica y la Holanda para formar con ellas contra la Francia el reino de los Países Bajos; que el Austria poseería la Italia hasta el Tesino y el Po; que la Prusia sería reconstituída volviendo á hallarse como en 1805, y, por último, que la Rusia, desembarazada del gran ducado de Varsovia (proyecto de Polonia francesa intentado por Napoleón), partiría sus restos amigablemente con sus vecinos. Pero se daban tan poca prisa en alterar la dicha general con sus altercados, que se habían puesto de acuerdo respecto de la parte que cada cual alcanzaría en la distribución de los territorios vacantes, aplazando siempre hasta la reunión en el otoño la resolución de los puntos difíciles y dudosos.

Estos puntos dudosos no podían ser concernientes ni á la Italia, de la cual se había concedido al Austria la porción comprendida dentro los límites del Tesino y del Po, ni á los Países Bajos, de los que la frontera francesa había sido señalada como su límite definitivo: estos puntos eran relativos al centro de la Europa, es decir, á los territorios comprendidos entre la Rusia, la Prusia y el Austria; y eran, con efecto, de tal naturaleza, que podían suscitar no sólo graves dificultades, sino hasta complicaciones borrascosas.

El emperador de Rusia y el rey de Prusia abrigaban cada cual el pensamiento, apenas comprendido por sus aliados, pero completamente aceptado por ellos, de apoderarse por completo el uno de la Polonia y el otro de la Sajonia.

Estos dos príncipes, de una misma edad y posición, aunque de diferente carácter, habían comenzado su reinado hallándose muy unidos. Divididos por los acontecimientos de 1807, época en la que, vencidos los dos, fueron tratados de distinta manera, puesto que en su común derrota Alejandro había ganado algunas provincias y Federico Guillermo había perdido la mitad de sus Estados, volvieron á reunirse en 1813 bajo la dura opresión de Napoleón, reanudaron su amistad en los campos de batalla de Lutzen y de Leipzig, y se prometieron no volverse á separar jamás. Así es que no tenían nada oculto el uno para el otro, todo se lo confiaban, en todo se hallaban de acuerdo, y cuando Alejandro hablaba, se podía estar cierto de que Federico Guillermo abriría su boca para expresar las mismas ideas. Siguiendo este sistema, como Alejandro no sólo hablaba sino que pensaba el primero, el uno conducía al otro, sin que sufriese la Prusia, porque habían unido

sus intereses con lazos tan estrechos como los que ligaban á sus corazones. Estos dos príncipes se profesaban recíprocamente la más alta estimación, y se consideraban como los hombres más honrados de su siglo, mientras que á sus ojos era Inglaterra la más egoísta de las potencias y el Austria la más astuta. Por tanto creían ser los salvadores de la Europa. A dar asenso á sus palabras, si Alejandro no hubiese iniciado la resistencia en 1812, si Federico Guillermo no le hubiese seguido en 1813, si llegados al Óder no hubieran avanzado hasta el Elba, hasta el Rhin, hasta el Sena, llevando en pos de sí á la Europa, el mundo civilizado no habría salido de su estado de esclavitud. Nadie pues los igualaba en el aprecio que se tenían, y este afecto consistía en guardarse muchos miramientos, porque aunque Federico Guillermo dejase ver algunas veces su debilidad, los dos poseían, el primero rectitud y modestia, y el segundo generosidad y seducción. Pero como sucede frecuentemente á las personas honradas que hacen alarde de su honradez, se creían impecables y hasta calificaban de virtud su ambición. Si el uno deseaba la Polonia y el otro la Sajonia, estos deseos, á juzgar sus palabras, estaban fundados en los más puros y respetables motivos. Alejandro sólo quería la Polonia para reorganizarla, y con efecto había dicho y pensado bastantes veces en su juventud que la división de la Polonia entre Catalina, Federico el Grande y María Teresa había sido un atentado odioso, que debía sin remedio repararse. Disgustado al ver á Napoleón tratando de llevar á cabo esta reparación desde 1807 á 1812, y habiéndosele impedido durante este tiempo con todas sus fuerzas, creyó llegado el momento de realizar su idea por cuenta propia, y se ocupaba de esto, como de todas las cosas que emprendía, con pasión. Por otra parte tenía algunas facilidades particulares que le ayudaban, puesto que poseía casi todas las provincias polacas. Reuniéndolas al gran ducado de Varsovia, compuesto de Varsovia, Thorn, Posen y Kalisch, podía formar un gran reino que se extendería desde el Niemen á los Capracks, al que concedería instituciones liberales y del que se haría rey, sin dejar por eso de ser emperador de todas las Rusias: con este motivo podría usar el doble título de emperador y rey, que era el *summum* del poder humano, y ser para la Rusia el émulo ó el superior de Catalina y de Pedro el Grande, toda vez que reuniría en un solo reino aumentado al imperio ruso, la Finlandia, la Besarabia y la Polonia. Estos sueños de ambición le parecían sueños humanitarios.

Muchos polacos, que habían pensado siempre que la Francia se hallaba demasiado lejos de ellos para poder reorganizar la Polonia, y que la Rusia sola era la que podía intentarlo eficazmente; otros, que no habían comenzado á pensar de este modo sino después de haberlos visto caer en desgracia, rodeaban á Alejandro y contribuían á inflamar su imaginación. Se prometía, pues, ser el restaurador de la Polonia y restaurador liberal, porque la reuniría completamente bajo un solo cetro, no se proponía tratarla con el despotismo ruso, sino con un sistema que se pareciese algo á la libertad inglesa. Al obrar de este modo, Alejandro no se consideraría como un conquistador, todo lo contrario, puesto que según decía pensaba desprenderse de la Lituania y de la Volhinia para crear el nuevo reino, y hasta si era

preciso, una vez creado colocaría su cetro en manos de su hermano Constantino, para excitar menos la envidia europea, y él por su parte no conservaría más que el dominio directo. El congreso de Viena, prestándose á sus designios, elevaría á su mayor gloria á la Europa victoriosa, según él, y podría decirse que habría reorganizado el mundo sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la verdadera política. Preciso es perdonar estas ilusiones, porque ya es algo experimentar la necesidad de dar apariencias honradas á la ambición, cuando todos los días vemos á tantos otros, sin ocuparse en disculparla, consagrarse exclusivamente á satisfacerla.

Había, sin embargo, una objeción que hacer á este ensueño tan placentero, una objeción que el emperador Alejandro no dejaba de comprender, sin que por eso dejase de refutarla. Los territorios con que había sido compuesto el gran ducado de Varsovia formaban parte desde hacia tiempo de la Rusia, del Austria y de la Prusia. La principal porción pertenecía á la Prusia, que poseía hasta el Vístula, Varsovia inclusa en esta posesión. Era, pues, necesario privar de ella á la Prusia, viéndose por lo tanto en la necesidad de indemnizarla, y en este caso avanzando la frontera rusa del Vístula al Óder, sería preciso que la Europa aceptase esta extensión que se convertiría para ella en un verdadero motivo de alarma, y por lo demás sería juzgada como contraria á los tratados de Kalisch (28 de febrero de 1813), de Reichenbach (15 de junio de 1813) y de Tœplitz (9 de septiembre de 1813), tratados que sucesivamente habían estrechado los lazos de la coalición. Según las prescripciones de estos tratados, el gran ducado de Varsovia debía ser repartido amistosamente entre los copartícipes de la Polonia, conforme á la antigua repartición que entre ellos se había hecho más ó menos; además la Prusia debía volver á adquirir diez millones de habitantes y el Austria entrar en posesión de la Iliria. Esto es lo que se habían prometido los unos á los otros al formar contra Francia la coalición europea de 1813; pero los triunfos inesperados de esta coalición permitían llevar más allá las restituciones, puesto que el Austria, en vez de recibir solamente la Iliria, iba á recobrar el Tirol y el Norte de la Italia, añadiendo á todo esto el Estado de Venecia, que anteriormente no había poseído. La Inglaterra, que se hubiera dado por contenta con arrancar al litoral de la Francia los puertos de Hamburgo y Brema, todavía más dichosa al arrebatarla Holanda, iba asimismo á privarla de la Bélgica, para entregarla á la casa de Orange. Si todos habían traspasado con mucho los límites de sus deseos primitivos, ¿debía la Rusia sola, se preguntaba Alejandro, permanecer encerrada en el estrecho círculo que se había trazado, cuando sólo aguardaban llegar al Elba y de ningún modo al Rhin? Evidentemente que no, y la parte destinada á la Rusia debía ser proporcionada, como las de todos los aliados, á los inesperados triunfos de la coalición.

La Prusia por su lado, podía alcanzar una indemnización conveniente, la Sajonia; y al alcanzarla, realizaba por completo sus más ardientes deseos. Desde que el gran Federico la había formado de fragmentos diversos, ayudado por el doble genio de la política y de las armas, esta potencia presentaba una especie de deformidad geográfica.

Con efecto, ofrecía á los ojos de cualquiera que examinase el mapa de Europa un estado de una longitud desmesurada extendiéndose desde el Niemen hasta el Rhin, con lagunas profundas y falto sobre todo de consistencia en el centro. Dresde añadido á Berlín debía corregir en parte esta defectuosa configuración, procurarla además el campo de operaciones militares cuya importancia habían probado Napoleón en el siglo XIX y Federico en el XVIII, darla por súbditos alemanes de los mejores en vez de polacos descontentos y constituir la en la primera de las potencias alemanas, preparando por último ese porvenir de unidad germánica representada por la Prusia, que exalta á todos los prusianos cuando se les presenta en perspectiva. Mientras que Alejandro creía un deber humanitario la reorganización de la Polonia, Federico Guillermo creía deber á la Alemania intentar aquel gran paso hacia su unidad, y se lisonjaba de poder pagar de esta manera toda la sangre que había derramado por la común independencia, no explicándose que era la unidad prusiana más bien que la unidad germánica la que le impulsaba, que los Estados secundarios de Alemania se alarmarían con ello en sumo grado, que el Austria en particular se revolucionaría contra semejante acto, y que toda la Europa se asustaría de pagar de este modo á la Prusia el abandono de la Polonia. Como Alejandro, encontraba el monarca de Prusia numerosas respuestas que dar á las objeciones que podían oponerse á sus propósitos, porque el prisma del deseo presenta siempre las cosas no como son, sino como se quiere que sean. Se habían prometido, decía, diez millones de súbditos á la Prusia sin designar el punto donde se escogerían, y no traspasaría este límite al ocupar la Sajonia, pero quería elegirlos donde mejor le conviniese. El rey de Sajonia era un traidor, que había abandonado la causa de la Europa, y no era por tanto un interés en su favor lo que podía alegarse para evitar la combinación proyectada. Por otra parte, la Rusia y la Prusia reunidas no podían encontrar contradictores que les inspirasen temor. El Austria se hallaba tan ocupada en saciar su avidez en la Italia, y la Inglaterra en los dos hemisferios, que ni la una ni la otra prestarían atención. La Francia no era digna de consideraciones, y la Europa, por último, debía tanto á la Rusia y á la Prusia, que no podía negarse á satisfacer unos deseos tan nobles como legítimos. Tales eran las razones con que se conformaba Federico Guillermo, y en su concepto eran todas excelentes. Por lo demás, entre Alejandro y Federico Guillermo mediaban palabras empeñadas, y los dos entraban en Viena persuadidos uno y otro de que saldrían de allí dueños de la Polonia y de la Sajonia.

Era probable que Inglaterra, que Austria hubiesen presumido estos proyectos, y si los habían presumido, ¿era posible que los aceptasen sin objeción? Causa asombro que se creyesen esto, sobre todo cuando se piensa en la violenta oposición que no tardó en manifestarse. Pero, como hemos dicho, estimulados por el temor de destruir la unión, evitaron las explicaciones. Se había hablado siempre de la reorganización de la Prusia, y se había convenido en llevarla á cabo; del castigo del rey de Sajonia, que todos habían encontrado como justo, y de la repartición del ducado de Varsovia, que debía hacerse como una consecuencia de los tratados. También

se había hablado de la reorganización de Polonia como uno de los asuntos que podían ser sometidos á la deliberación del congreso; pero tantas cosas se había llamado la Polonia desde hacía cincuenta años, que se pronunciaba esta palabra sin indicar con ella ninguna frontera exacta. Se habían avenido á escoger el partido más conveniente para todos, y por otra parte, las precauciones inmediatas habían hecho olvidar las anteriores. La Inglaterra, conservando siempre innumerables recuerdos del bloqueo continental y no tratando más que de impedir su reproducción, había creado con este fin el reino de los Países Bajos, trabajaba para restaurar el de Hannover, quería asegurar á uno y á otro la alianza de la Prusia, y estaba pronta á conceder á esta potencia cuanto desease, siempre que correspondiese al cumplimiento de sus deseos.

El Austria, mucho más precavida, había meditado con más atención que la Inglaterra los proyectos de Federico Guillermo y de Alejandro, puesto que se trataba para ella de dejar á la Prusia establecerse en todos los desfiladeros de la Sajonia, de dejar á la raza eslava extenderse hasta la falda de los montes Crapacks; pero no eran estas sus únicas inquietudes, y en medio de sus prosperidades abrigaba temores aún más grandes que en otras épocas la habían asaltado. Si al Oeste y al Norte de la Prusia y de la Rusia podían inquietarla, ella tenía que reconstituir la Alemania, que determinar su puesto constitucional, que organizar la Italia, que contener á Murat, que vigilar al prisionero de la isla de Elba, que observar á la misma Francia, y debía á un tiempo procurar, al ocuparse de estos diversos intereses, que los cuidados en favor de los unos no perjudicasen á los otros. En vista de esto, se hallaba resuelta á emplear sus medios peculiares, es decir, la paciencia, la delicadeza, la vigilancia, y, si era necesario, la fuerza. De los trescientos mil hombres que poseía, había reunido doscientos cincuenta mil en Bohemia y en Hungría, y no había conservado más que cincuenta mil en Italia, donde, sin embargo, estaba expuesta á tener que habérselas con Murat, con los italianos y acaso con el prisionero de la isla de Elba. Obrando de este modo, se había puesto sin decirlo á favor de la Sajonia y de la Polonia; pero cuanto más grandes eran las dificultades que se descubrían, tanto más quería triunfar de ellas por medio de la unión, por la buena inteligencia en el seno de lo que se llamaba *las cuatro*, es decir, en el grupo que formaban la Inglaterra, el Austria, la Prusia y la Rusia, puesto que, según su dictamen, si se dejaba á la Francia y á las potencias de segundo y tercer orden alemanas mezclarse en sus acuerdos, se corría el peligro de hundirse en un verdadero caos, donde aparecería un nuevo Lucifer, es decir, Napoleón, que no había sido enteramente olvidado y que no había resuelto de ningún modo hacerse olvidar, por más que afectase dormir el profundo sueño que reclamaban sus prodigiosas fatigas. Así es que las primeras palabras que se pronunciaron en Viena fueron las últimas que se habían pronunciado en Londres, y se dijeron mutuamente que era de todo punto precisa su unión, aun á costa de los mayores sacrificios: tanto más proclamaron como necesaria su unión, cuanto más cerca comprendieron hallarse el día en que se destruiría.

Estas disposiciones, que hemos reseñado, son las que

se abrigaban en Viena: un inmenso deseo de mantener la unión y una inmensa avidez, muy poco compatible con su deseo. Si alguna vez se ha puesto muy en relieve la falta cometida por la Francia al firmar con tanta precipitación el tratado de París, fué en aquellos momentos, en los que la Europa estaba fatalmente condenada á dividirse, porque era imposible que el Austria consintiese que la Prusia se estableciera en Dresde y la Rusia en Cracovia; que las potencias secundarias dejasen suprimir á la más respetable de entre ellas, á la Sajonia, por una culpa que todos habían cometido, la de haberse aliado con la Francia, y que la Inglaterra pasase por alto estas muestras de ambición, que se hacían á la faz del parlamento británico. Si en medio de esta división hubiera llegado á Viena la Francia sin hallarse ligada por un tratado, sin tener, por consiguiente, sus fronteras marcadas, no hay la menor duda de que su posición hubiera sido muy distinta de lo que fué en París en el mes de mayo. Entre la Prusia y la Rusia, queriendo á toda costa apoderarse de la Polonia y de la Sajonia, y la Inglaterra y el Austria resueltas á oponerse á sus pretensiones, el partido que hubiera tenido en su favor á la Francia hubiera contado con una superioridad tan decisiva, que no hubiera dejado de emplear todos los medios para ganar su apoyo sin detenerse en otorgar concesiones para conseguir el triunfo. Las dos potencias más inclinadas á favorecer á la Francia eran naturalmente la Prusia y la Rusia, porque sus intereses se fundaban en el Vístula y en el Elba, no en el Rhin ó el Escalda; y no cabe duda que habiéndonos colocado á su lado, hubiéramos conseguido otras fronteras que las que nos marcaba el tratado de París. Aunque no hubiéramos ganado más que las líneas de las plazas fuertes pedidas por nuestros negociadores, la ventaja hubiera sido muy grande, y obtenida sólo por la política, hubiera valido á los Borbones la popularidad que les faltaba.

Era, pues, una verdadera desgracia llegar á Viena con la cadena del tratado de París al cuello. Sin embargo, el mal no estaba exhausto de remedio, y aún podían aprovecharse las circunstancias de la nueva situación. Con efecto, todo anunciaba que el conflicto sería muy grande, porque la Rusia y la Prusia se mostraban dispuestas á recurrir al último extremo para conseguir la Polonia y la Sajonia; y en vista de esto, era de presumir que si las cosas iban tan allá que obligaban á contraer alianzas, á preparar la guerra, era de presumir, repetimos, que no supeditasen á nuestra nación las cláusulas de un texto inútil, y que se hiciese del tratado de París el mismo caso que se había hecho del de Chaumont. Es verdad que nosotros no podíamos manifestarnos, ni aun á nosotros mismos, la intención de substraernos de las prescripciones del tratado de París; pero con sólo tardar en decidirnos, con dejar entrever la importancia de nuestro apoyo, y tardando en concederle, la Prusia y la Rusia eran tan vehementes, que era casi seguro que pronunciarían ellas las palabras que nosotros no nos atrevíamos á pronunciar, y que nos ofrecieran lo que nosotros no osábamos pedir. Hasta qué punto podría mejorarse nuestra condición, no se sabría afirmarlo; pero de cualquier modo, la mejora hubiera sido cierta y seguramente proporcionada á la gravedad del conflicto. A esto debemos añadir que cualquiera que hubiese sido

su proporción, nada apenas hubiéramos tenido que temer, estando unidos con la Prusia y la Rusia, y hasta era probable que con este motivo no se hubieran atrevido la Inglaterra y el Austria á declarar la guerra: hubieran, pues, cedido, y en este caso nosotros hubiéramos sido los árbitros de esta situación, y árbitros bastante bien recompensados. Por consiguiente, el tratado de París no era una traba, sino una dificultad que se podía vencer con un poco de sagacidad, y no podía menos de convenirse en que la sagacidad estaba permitida, empleándola contra adversarios que habían usado y abusado de la fuerza respecto de nosotros.

Esta manera de obrar supone que se hubiera decidido nuestra nación á condescender con los deseos de la Prusia y de la Rusia, pero ¿podía sernos perjudicial esta condescendencia? La Rusia, consiguiendo ser dueña de toda la Polonia, de la que ya poseía la mayor parte, avanzaría desde el Vístula, en donde estaba establecida desde hacía mucho tiempo, hasta el Wartha. La Prusia, alcanzando la posesión de la Sajonia, confinaria más cerca con el Austria. De este modo, la Rusia ponía más en cuidado á la Alemania, y la Prusia excitaba más envidia al Austria. ¿Eran éstos verdaderos motivos dignos de inquietar á los franceses? ¿Debía interesarnos la unión íntima de tres potencias continentales, que había servido para vencernos; que, una vez vencidos, había servido para imponernos por la fuerza el tratado de París, y que después ha tenido durante cuarenta años á nuestra política bajo el yugo de una coalición permanente? Si era preciso, en consecuencia de su posición, que los prusianos se viesen molestados por alguno, ¿no valía más que lo fuesen por el Austria, á reducirlos á Dresde, que no por nosotros, al limitarlos en Colonia y en Aquisgrán? Es verdad que siendo transportada la casa de Sajonia desde los bordes del Elba á la izquierda del Rhin, como se proponían hacer Alejandro y Federico Guillermo, se hubiera alterado el equilibrio germánico, parte del equilibrio europeo; pero este equilibrio germánico, ya tan profundamente herido en nuestro siglo, ¿podía ser útil para nosotros y para toda la Europa? Esto era interponer los pequeños Estados entre los grandes, á fin de evitar los choques entre estos últimos. Y ¿no era mejor para nosotros que fuesen interpuestos entre nosotros y la Prusia los pequeños Estados germánicos que quedaban, para evitarnos cualquier choque con ella, que entre la Prusia y el Austria para evitárselos á estas naciones? Habiéndonos abandonado en el campo de batalla la Sajonia, habiéndose despojado la Europa para con nosotros de todo espíritu de moderación, ¿no estábamos más autorizados que en ningún tiempo, que en cualquier otra circunstancia, á pensar en nosotros, exclusivamente en nuestro interés?

Hacer semejantes preguntas es casi resolverlas, y después de haber pasado medio siglo causa admiración que hubieran podido ser tan singularmente consideradas como lo fueron en la época cuya historia referimos. Desgraciadamente, no había entonces más disposiciones de gobierno para el exterior que para el interior, y las cuestiones de que hemos hecho mención ni tan siquiera fueron iniciadas en el consejo real. Del mismo modo que no se cuidaron de averiguar si convenía diferir dos meses el convenio de 23 de abril que nos privaba de prendas preciosas, sin apresurar ni un solo día la mar-